

# LOS CUENTOS DEL ABUELO SEVERO



SOTO DE SAJAMBRE

Recogidos por:  
Benito Martino Díaz-Caneja

# EL LOBO



Erase una vez un viejo lobo que andaba por El Jorrebollo muerto de fame y dijo:

- Voy a dar una vuelta por los alrededores de Soto que siempre habrá algo que comer.

Y dicho y hecho, bajando por La Pandiella en la roza del tío Clemente, se encontró con dos hermosos carneros del tío Severo pacienco tranquilamente, entonces dijo el lobo:

- ¡Carneros, ¡os voy a comer!.

Miró un carnero hacia el otro y enseguida se pusieron de acuerdo. Entonces uno le dijo al lobo:

- Mira, si nos quieres comer, antes tienes que ayudarnos a poner un mojón en el prao.



- y ¿que tengo que hacer yo?, exclamó el lobo.

- Mira, tu te pones aquí, en el centro más o menos, el otro carnero va para allí enfrente y yo para el otro lado y donde nos juntemos, ese es el centro del prao.

Así lo hicieron, pero los carneros que tenían unos cuernos viejos y retorcidos, salieron corriendo uno frente al otro hacia donde estaba el lobo. Tal golpe le dieron en las costillas que más de dos se le rompieron. Los carneros se fueron dejando al lobo dando voces diciendo:

- ¡ay, mis costielles!... ¡ay, mis costielles!, entre lamentos y perjurando que algún día volvería para comerlos a los dos por el engaño recibido.

Vió el lobo que junto al molino de marquinos estaba una gocha de Felipa con cuinos, fue hacia allá y sin más le dijo a la gocha:

- ¡Gocha, voy comete los cuinos!.



- ¡Bueno!, ¡bueno!, no corras tanto que tengo que moler el maíz y no puedo poner a andar el molín, respondió la gocha.

- ¡Y yo, que tengo que ver con el molín!, dijo el lobo.

- Ya pero si quieres comer algún cuin tienes que ayudarme a ponerlo a andar.

- Bueno, pues entonces, ¿que tengo que hacer?.

- Mira, ponte aquí y cuando de vueltas esta rueda de aquí abajo que se llama el rodezno, me lo dices. Le indicó la gocha.

La gocha puso a andar el molino y antes de que el lobo dijera nada, le dió una joricada que fue a parar encima de la rueda dando vueltas sin parar. Y entre el chaparrón de agua que le caía encima y el mareo de tantas vueltas exclamaba:

- ¡Para!, ¡bailón!, ¡que no tengo ganas de bailar!.

Después de estar un buen rato en el molino, marchó por el camino de La Guaricia. Aún con síntomas de mareo y haciendo esos llegó a La Cubiella. Se quedó con los ojos abiertos y vió la yegua del tío Marcos el cartero con un potrín, que sólo en pensar lo tierno que tenía que estar se le hacía la boca agua. Sin pensárselo más le dijo a la yegua:

- ¡oye yegua, voy comete el potrín!, que llevo mucho tiempo dando vueltas y tengo fame.

- ¡Bueno!, ¡bueno! ... espera que lo piense. ¡Favor por favor!. Tu me ayudas a sacar un clavo que tengo en una pata, que cojeo del dolor que tengo, y entonces tu podrás jartarte de comer.

- Bueno, me parece bien. Pero, ¿que he de hacer yo?, dijo el lobo.

- ¡Mira, el clavo está en esta pata!. Y le enseñó una pata con herradura. Vosotros los lobos que tenéis fama de buenos dientes, enganchar la herradura con los dientes y tiras hasta que salga la herradura con todos los clavos.



- Ya, ya lo entiendo. ¡Levanta la pata!, dijo el lobo.

Pero lo que no se esperaba el lobo es que la yegua levantó la pata y la descargó con tal fuerza contra los dientes del lobo que estos y los colmillos desaparecieron. Que por más que los buscó por el suelo por si tenían algún arreglo, no encontró ninguno. Llegó a pensar que se los había tragado. Se vió engañado otra vez y entre lamentos exclamaba:

- ¡Ay, mis quisiales!, ¡ay, mi dentadumbre!. ¿que puede hacer un fiero lobo como yo sin dientes?, ¿qué voy a a comer?.



Y mira por donde, va a La Posa y ve al tío Máximo engolao en una cerezal jartándose de cerezas. Va para allá y saluda muy cordial y educadamente:

- ¡Hola viejo amigo!, ¿cómo te va?.

El tío Máximo no se podía creer lo que estaba viendo. Un lobo saludando al mayor enemigo que tenía en el pueblo, el que ponía trampas y cepos, además de tirotearlos con la escopeta.

El lobo le contó todas sus peripecias y de cómo no podía comer carne y sí cerezas maduras. Pero como no podía subir al árbol, se las tenía que tirar él. Así que, compadeciéndose el hombre del pobre lobo le dijo:

- ¡Voy a jartate de cerezas!, pero después sal corriendo y no te quiero ver por aquí.

Que no se puede andar por ahí queriendo comer a todo el mundo. ¡Todo lo que te pasó lo ties bien merecido!. Y se lo cuentas a los tuyos para que no vengan por aquí, que no seréis bien recibidos.

Jartóse el lobo de cerezas. Después por el camino de Valdelosciegos, camino de Carombo, iba diciendo:

- Ahora entiendo porqué muchos lobos que fueron a Soto no volvieron . Se jugaron la piel. ¡Yo si que he tenido suerte!.

Colorín colorado este cuento se ha acabado.



# LA RAPOSA Y EL GALLO

Había una vez en Soto en el Barrio del Valleval un gallo que era la envidia de todo el mundo. Tieso y sacando pecho, tenía un plumaje colorido y brillante. Cuando cantaba todo el mundo se paraba a escucharle y decían:

- ¡cómo canta el gallo Juana!

Pero lo mismo que Juana lo vigilaba, lo encerraba por las noches y no le quitaba ojo.

Había un personaje que llevaba tiempo vigilando al gallo para hincarle el diente y este no podía ser otro que la raposa. Lo había intentado muchas veces pero el gallo por costumbre se subía a un tizón un poco alto para cantar y allí no llegaba la raposa.



Pero llegó un domingo por la tarde con la raposa sentada en una carcosia junto al Fortín, la cual miraba a los hombres que estaban jugando a los bolos en la bolera. Mientras tanto Juana echó un puñado de maíz a las gallinas. Después se fue a pedir un carbonizo a María la del tío Marcos, porque mientras que fue al Rosario se le había apagado el fuego.

Entró en casa a encender el fuego para poner una pota de patatas para cenar y un puchero de café para Samuel. Mientras tanto, Segundo preparó la zurra y fue camino de Vegabaño a las vacas. Todas las mujeres del barrio también se metieron en las casas para hacer sus cosas.

Así pues, quedó el barrio tranquilo, solamente se escuchaba el ruido que venía de la bolera, unas veces era de pegar bolas a los bolos, otras veces de algunas voces sueltas y otras de Ramonín que estaba de contador de bolos y de vez en cuando decía:

- ¡Vino!, ¡que me seco!

- ¡Ahora es la mía!, esta noche me voy a dar un banquetazo de gallo de canella para mi solita, pensó la raposa.

Bajó por la cuesta para abajo, entró por la riega La Llamarguina sin hacer ningún ruido y ... ¡zas!, atrapó al gallo entre los dientes y con él en la boca subió por la cuesta para arriba.



Juana que oyó el alboroto que hacían las gallinas, dijo asustada:

- ¡malamán!, ¿que diantre pasará a las pitas?.

Cuando salió a la calle exclamó a grandes voces que hasta los de la bolera la escucharon;

- ¡La raposa me llevó el gallo!, ¡adiós cena de noche buena!.

Alguno de la bolera susurró en voz baja;

- ¡adiós al gallo!, no volverá a verlo ni aunque le diga la oración de San Antonio.

El gallo que no lograba convencer a la raposa, ya lo veía todo perdido. Cuando subían por el Arrudo, donde hacían la hoguera de las Nieves, el gallo ya se despedía del pueblo y quiso mirarlo por última vez. Miró hacia la bolera donde había mucha gente y entonces dijo;

- ¡Párate! ¡párate!. .

- ¿Para qué?, respondió la raposa.

- ¡Párate!, ¡que va a birlar El Pinto!

- ¡A mí que más me da que birle El Pinto o que birle Valeriano!, ¡me da igual!, contestó la raposa.

- Pero, ¿no sabes que El Pinto es el que mejor birla de todo el mundo?, exclamo el gallo.

- ¡Está bien!, paramos un poco para ver cuantos bolos tira, pero no te muevas o apretaré los dientes.

En ese momento El Pinto birló y tiró la mayor cantidad de bolos que ningún jugador había tirado nunca. La raposa se quedó tan asombrada que quedó boquiabierta. El gallo al verse suelto de los dientes de la raposa, pegó un salto y volando y volando llegó a posarse en medio de la bolera.

Todos los que allí estaban exclamaron; -¡pero si es el gallo Juana!, ¿cómo escaparía?, ¡mira que es listo este gallo!.

Entre tanto, la raposa que se había quedado con la boca abierta, se dijo:

- ¡Ay bocazuza bocazuza, esta si me la darás pero otra no se qué jarás!. ¡Adiós banquete de gallo de caleya!. Pero, ahora que lo pienso, ese gallo está duro y no me sentaría bien, ¡voy al Loruga a comer grillos!.

Colorín colorado este cuento se ha acabado.

